

Todos somos iguales.

-No lo sé, señor agente. Yo no he hecho nada malo a nadie, solamente llegué con un sueño, un sueño que se ha visto truncado en fracciones de segundo, todas mis metas atropelladas en cuanto dije ese “Vale”.

Para empezar mi situación no es la mejor. Yo vivía en Valladolid, junto a Andriy, mi hijo de cuatro años. Llegué en España hace 3, cuando comenzó la guerra, mi marido fue llevado al frente por obligación y desde que partió no volví a saber nada sobre él.

Me da tanta pena esta situación...

¿Sabe, agente? Yo tenía otra hija y se la llevaron, ¡se la llevaron! Para colmo, ahora estoy aquí, delante de usted, dándole explicaciones sobre mi vida. Todo por una mala decisión en la que ni siquiera tuve tiempo para pensar. Era eso o mi familia, ¡No tenía otra opción!

Perdón... Me he puesto nerviosa, sé que no es culpa suya pero tampoco nadie me ha dado nunca apoyo en esto. No es nada fácil sobrevivir y atender a tu hijo sin nadie que te ayude, sin nadie a quién poder contarle nada y sin nadie que te dé cariño. El mundo está podrido.

Cuando yo llegué a España fui acogida junto a mi hijo en un albergue para refugiados ucranianos, allí se respiraba un aire desolador. Todos los que estábamos allí veníamos por lo mismo, veníamos sin nada, con lo puesto y la documentación. Es irónico, miles de personas huyendo de sus casas por el miedo a las bombas, otras tantas disparándose sin conocerse, sin odiarse y, lo peor de todo es que quienes verdaderamente tienen odio y avaricia están sentados en sus casas viendo cómo gente está muriendo sin hacer nada por remediarlo. Me duele, me duele en el alma.

En ese albergue estuvimos un año pero, cuando la guerra dejó de interesar a los medios y nadie financiaba los centros de refugiados, nos tuvimos que ver en la calle. Mi hijo, yo y decenas de personas no teníamos casa, estábamos desamparados. Dentro de todo este caos apareció mágicamente, como por arte de magia Rubén, un chico de Valladolid muy agradable. Cuando Rubén nos vio a mi hijo y a mí pidiendo en la calle vino a hablar con nosotros y nos invitó a un café. Ya en la cafetería, nos contó qué había estudiado y que tenía una empresa en la que necesitaba trabajadores. Él estaba hablando pero yo no estaba atenta a lo que decía, llevaba mucho tiempo sin tomarme un café y estaba pensando en todo lo que había pasado hasta ese momento, pero volví rápidamente a la conversación cuando escuché, en medio de sonidos sueltos que iba ignorando, dos palabras: “ofrezco” y “casa”. Respiré hondo de tranquilidad, mi sensación era de una alegría absoluta, íbamos, por fin, a tener un techo y una cama.

Esa misma noche Rubén nos llevó en su coche deportivo a su casa. Era un piso amplio y moderno en la zona centro de Valladolid, parecía bastante caro. Se escuchaban de vez en cuando algunos llantos, nuestro anfitrión nos explicó que era una vecina que padecía una depresión muy severa porque estaba en trámites de separación de una relación de maltrato. Noté mucha importancia a eso porque me rugía el estómago y el pasillo olía de maravilla, Rubén había preparado la cena antes de llevarnos para que, al llegar pudiésemos cenar e irnos a dormir, era un chico muy amable. Durante el desayuno de el día siguiente me comentó lo mismo de la tarde anterior, que tenía un negocio y necesitaba trabajadores, le pregunté qué negocio era y me respondió: “alojamiento”.

Pensé que sería una buena forma de empezar a ganar mi dinero para algún día poder irme con Andriy a una casa propia pero la idea de Rubén era distinta, él nos ofrecía alojamiento y comida a cambio de trabajar gratis y, de vez en cuando me daría algo de dinero para que ahorrara.

Nos dirigíamos al trabajo en su coche, mientras conducía, me iba explicando cómo funcionaba todo. El lugar era una especie de hostel con una planta baja a la que no podría tener acceso en un principio, yo trabajaría limpiando las habitaciones que había en el sitio. Era un hostel de carretera con un cartel luminoso enorme que estaba apagado, yo tenía que hacer la limpieza por las mañanas para que las habitaciones estuviesen listas por la noche.

Pasaban los días, todo marchaba bien e hice buenas migas con algunos de mis compañeros, me extrañó que había bastante personal de seguridad para custodiar un sitio tan, por así decirlo 'cutre'.

Con el tiempo me fueron surgiendo varias dudas y había cosas que no me encajaban del todo, los de seguridad, habitaciones cerradas, mucha discreción... Pero continué con normalidad, asimilé que era lo común en España y que no debería preocuparme por ello.

Uno de estos días que iba a limpiar empecé a hablar con uno de los de seguridad, me dijo que creía que podría venir a trabajar por la noche y que se lo comentaría al jefe, hizo énfasis en sus ojos azules y mi pelo rubio. Ciertamente, eso me hizo sentir muy incómoda. Esa misma tarde, Rubén recibió a la vecina depresiva, se encerraron en la cocina pero pude escuchar un poco de su conversación. Hablaban algo de que descansar algunos días, no sé qué de no poder salir el día de descanso y escuché que mencionaban como 'una nueva trabajadora', que supuse que era yo. Cuando la vecina salió, me fijé que tenía algunos moratones y sangre en el labio de abajo hinchado, al irse me dijo: "gracias". Se me quedó grabado a fuego. Aquella noche llegué a trabajar, me metieron en otra sala con más chicas, y un hombre muy grande, con aspecto de gorila me dió unas prendas para que me cambiara para trabajar, esas prendas no tapaban nada. Me puse muy nerviosa y el gorila me ofreció unas pastillas, yo me negué y me puse más nerviosa aún; entonces, a punta de navaja me obligó a consumir la pastilla. Me sentí muy a gusto y algo mareada, no podía controlar mi voluntad. Al salir de la sala, me acompañó una compañera a hablar con uno de los clientes, era un hombre asqueroso, mi compañera dijo que se parecía a 'Torrente', no sé quién es. Cuando empecé a hablar con el hombre, vi que algo no estaba bien, no dejaba de mirar mi cuerpo de arriba a abajo y parecía que salivaba. No era normal, ¡no lo era! Quise irme de aquel lugar pero me interceptó uno de seguridad en la puerta, me metió en un cuarto y me golpeó varias veces con un palo en la espalda, sentí dolor, mucho dolor. Sólo me quedaba afrontar esa noche, subí con el hombre asqueroso a la habitación, mi mente se resistía pero, mi cuerpo seguía su juego, en esa habitación pasaron cosas asquerosas, no teníamos ni si quiera protección.

Cuando el hombre asqueroso se fue, lloré, lloré a lágrima viva, pero otro de los miembros de seguridad, que parecía que se le iba a desenganchar la mandíbula y que los ojos se le saldrían de

sus órbitas me puso contra la pared y, en mi idioma me dijo: “Trabaja”. La noche continuó de la misma forma.

Los meses pasaban, y yo me veía cada vez más demacrada, no me sentía en condiciones, pero bueno, al menos mi pequeño Andriy podía comer y tenía un techo.

Me duele cómo Rubén se aprovechó de mi situación, me duele la forma en la que se aprovechan de las personas vulnerables. Todo es muy injusto...

-No estamos aquí para condenarla a usted, señorita. Respondí a su monólogo. -Pero gracias a su testimonio ha salvado a muchas mujeres. Esos demonios se aprovechan de personas como tú, en situaciones vulnerables para aprovecharse y explotaros. Logré decir mientras las lágrimas inundaban mis ojos al comprender el terrible sufrimiento que experimentan miles de personas en el mundo.

AUTOR: Álex Miranda Quiroga

CATEGORIA: Juvenil

CENTRO: Colegio Milagrosa Las Nieves (Ávila)

CORREO ELECTRÓNICO: alexmirandaquiroga@milagrosalasnieves.es

TELEFONO: 693552755